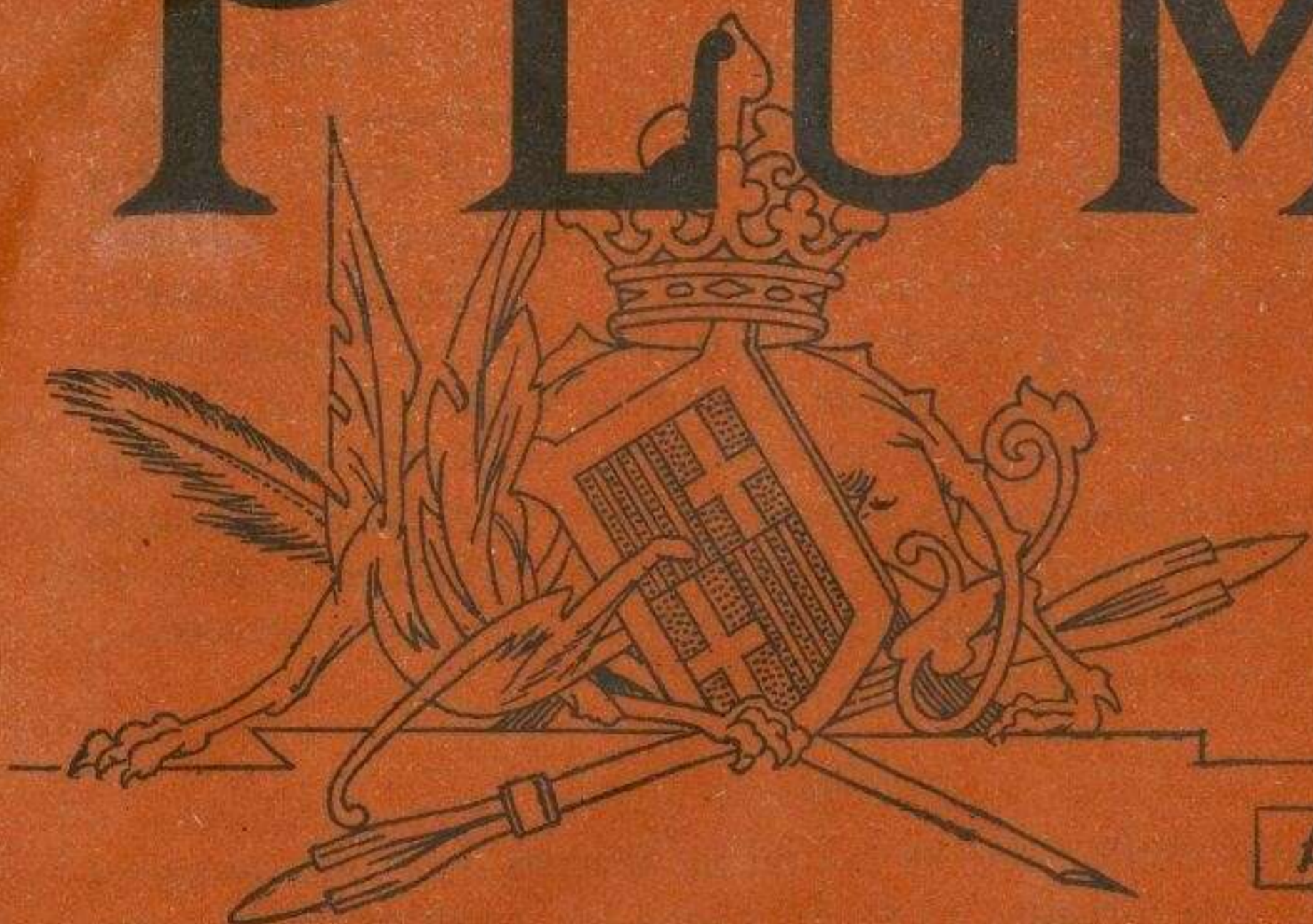


PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO N.º 8.

Printed by



AVANZADA DE CABALLERÍA

Cuadro de R. BALACA



DESDE LA PUERTA DEL SOL

HEMOS echado una serenidad terrible. En otras ocasiones, cualquier diarrea de provincia, transmitida telegráficamente por el corresponsal de tal ó cual periódico, nos ha puesto los pelos de punta, y enseguida hemos instalado un lazareto penitenciario en el cerro de los Angeles, quemado la ropa á todo bicho viviente que fuera más de una vez por día al retrete, y obligado á los médicos de familia á declarar bajo su responsabilidad, cuantas náuseas experimentáran sus clientes, así se tratara de huéspedes de á dos pesetas con principio, y pelos en la sopa... ¡Cobardía vergonzosa!

Hoy estalla en las cuencas mineras del Nervión el cólera guernikaco, y, con un desprecio digno del valor de Milciades, le motejamos de atenuado, nos reímos de él en sus vírgulas, y no en sus barbas, porque no las tiene, y no adoptamos la más mínima precaución, ni siquiera suprimir el tan acreditado bacalao á la vizcaína... Pero... ¡Sí!... Ahora recuerdo... ¡Diablo de memoria!... Por medida salvadora se ha establecido una inspección facultativa en Miranda de Ebro, para los viajeros procedentes de Bilbao... ¡Que se fastídien!... Solo que ellos toman la diligencia en derechura á Santander, descansan allí un día, y luego se bajan bonitamente por Venta de Baños, arribando á Madrid libres de reconocimientos... Conque, tumbémonos á dormir...

* *

Aun subsisten. Madrid se ha transformado derribando sus tápias, quitando sus monumentales puertas, edificando los espléndidos barrios del ensanche, convirtiéndose en una hermosa capital á la moderna, y, sin embargo, no pasa un mes de Septiembre sin que salgan á la vergüenza pública los libros viejos y las acerolas, defendidas y perpetuadas por la tradición. Sería muy curioso seguir la marcha de los puestos, é indicarla por la consabida línea azul, en zigzag característico, de los cuadros estadísticos de las epidemias. Desde que se instalaban sus despojos, cantados por el insigne Alarcón, en la calle de Alcalá, hasta que fueron reclusos al paseo de Atocha para retoñar en el Prado, han transcurrido muchos años... La silueta del anticuario, rebuscador de joyas bibliográficas perdidas, que revuelve en silencio el montón de volúmenes, con la esperanza de tropezar con un ejemplar raro, que constituye la silueta típica del popular mercado, se mantiene la misma, estafalaria y singular: ha cambiado de levita, pero continúa sin cepillarla. Es ignominiosa semejante aglomeración de tenduchos, pero esas frutas, esos juguetes, esas ediciones incompletas, ocupan un lugar en nuestro corazón, son una página azul de nuestra vida, los recuerdos de la niñez... ¡Bendita sea la feria de las chinches!...

* *

Y á la fecha no sabemos qué suerte correrá este año el desdichado teatro Español (léase local, porque la entidad moral teatro, ya vemos como se desmorona á pasos de gigante). Son cosas fatales; no le restaba al pobre corral más que venir á manos de nuestro Ayuntamiento, y su mala estrella le condenó á tan injusto castigo. La cuestión no presenta visos de resolverse honrosamente. El insigne Tamayo, con la autoridad que le presta su nombre, ha manifestado una de las causas del mal: no hay actores. Con perdón del gran autor, sí los hay, pero cada uno ha fundado una dinastía, y no caben juntos en una misma escena. No es falta de arte, sino sobra de pretensiones. Reunidos los que andan dispersos, constituirían una hermosa compañía, pero... adios, entonces, estrellas. Solo Emilio Mario consigue ofrecernos un buen conjunto. Abrigan algunos la duda de si los actores actuales serían capaces de interpretar el teatro antiguo. ¡Porqué no? No basta oír á los viejos, para los que no existen hombres ni cosas como las de sus tiempos pasados. ¡Ah, D. Julián Romea!... ¡Ah, Latorre!... Seamos francos: Vico y Donato Jimenez por eso no les ván en zaga... Por lo que respecta á esta faz de la cuestión, podría, por ende, poseer nuestro país un ex-

celente teatro nacional... con sólo que los actores descendieran de sus tronos respectivos.

* *

Era un hecho probado y reconocido el de la decadencia de nuestra raza, y la creación de las bandas de tambores, ha venido á poner más de relieve tal circunstancia. Vuelven al ejército las tradicionales cajas, pero sin el clásico mayor de arrogante estatura. Ha sido el último golpe á los hombres altos. Un periódico divulgó días atrás la noticia de la negativa alcanzada por un buen mozo, que se presentó en el Ministerio de la Guerra solicitando el famoso bastón de cachiporra. No han asistido á la última revista militar, por falta de tiempo, los nuevos parches, pero llegará una fecha en que salgan á la calle, conducidos por un cabo cualquiera. ¡Ah, seres modernos, que no alcanzais la longitud de un perro sentado!... Vuestro es el porvenir... de los palillos.

* *

Un poeta muy malo, que se las dá de festivo, lee una composición cómica en una tertulia, y, como todos los oyentes se desternillan de risa, menos un señor que á duras penas consigue disimular su tedio, encárase con él el vate, diciéndole:

—¿Usted no ha sentido la fina sátira de mis versos?

Y el interpelado, que no puede manifestar su aburrimiento, por cortesía, responde suspirando:

—¡Ya lo creo que la he sentido!...

ALFONSO PEREZ NIEVA

LA CANCIÓN ETERNA

¿Te acuerdas? Se escondía el sol luciente, tras la lejana cresta de la montaña azul, bañando en oro el palio de esmeraldas de la selva, y, enlazados los talles, y pegadas por la sien ardorosa las cabezas, cruzábamos el valle, iluminando la luz del sol con la ventura nuestra. ¿Recuerdas que juramos?... ¿Qué juramos? Vete al mar, cuenta todas las arenas, cuenta después, del cielo, una por una todas las estrellas, luego todas las flores de los campos, después todas las hojas de las sierras, y júntalas después, y aun no sabrías si, solo en juramentos y promesas, hicimos más nosotros aquel día, que Dios, haciendo cielo y mar y tierra. Después... ¿Te acuerdas de aquel sueño [nuestro, que fué el encanto de la tarde aquella? En el rincón aquél, en lo más hondo del tranquilo rincón de la arboléda, una casita blanca, como el nido de una paloma blanca entre la hierba; arriba el cielo con su azul brillante, la soledad y las montañas cerca, y en la casita blanca los dos solos,

con un pan y agua fresca, y, altar de aquella gloria, una cunita, y, Cristo del altar, un niño en ella... ¡Y eterno todo aquello, eterno todo, como aquella pasión, que ya era eterna! Y hubiera sido, pero sopla el viento cuando menos se piensa, y las cosas eternas de la vida, en un minuto solo se las lleva... Yo crucé el mar, buscando en otro mundo la casa blanca de la dicha nuestra, y, cuando allí llegué, ya no sabía ni lo que iba á buscar allí siquiera. Tú, entre tanto, vendiste aquí tu mano por un título y no sé qué monedas, y ayer vi tan tranquilo, en aquel sitio donde iba á ser nuestra ventura eterna, —llevando de mi brazo á una hermosura, que podía ser mía ó de cualquiera— que han hecho un cementerio muy bonito donde, hasta á los amantes los entierran, y en aquel cementerio, hay una ermita, y encima de la ermita, una veleta, que, para no ser menos que nosotros, se pasa el día entero dando vueltas!...

MARCIAL DE LOS RIOS

ENTRE CURDAS

—¡Pus no dice ese gachó que esta noche estoy borracho, porque me ha visto salir de la taberna del chato... y porque doy trompezones con tó Dios, pongo por caso con él!... —Paco, no te estrañe; también á mi me han llamado esa palabra ofensiva, y no sé como me aguento. —Ni que estuviésemos ébridos ¿verdá, Toribio? —Pus claro. ¡Que hayamos bebido un poco, por alternar, no es pá tanto! ¿A ver, te caes tú? —¡Narices! —Pus yo tampoco me caigo, si no me arrempujan. —Bueno, pero quitame esa mano que no he comido pá ti. —Es que te sostengo, Paco. —¡Quien te sostiene soy yo! ¡Ni que estuvieses borracho! —¡Tú estás como yo me sé!

—Te voy á arrear un lapo ú dos seguidos. —¿En donde? —En un costao. —¡Que estás malo! —¡Y tú no ties lacha! En fin; has de saber que yo me hago todo en tu familia. —¡Vaya, eso ya no te lo aguento, porque el que ataca al hogar del individuo es un guarro, que merece... —¿Qué merece? —Merece que le den cuatro puntapies en el... vacio. —¡¡Y que vá á ser en el azto!! Es decir, si no te ofende venir conmigo allá abajo; porque pasa mucha gente por aquí. —Si quieres, vamos á los Jerónimos. —Bueno. ¡Lo que me tengo pegado en los Jerónimos! —¡Anda!

¿pues y yo? estaba mamando, talmente y ya me bajaba, lo menos con tres ó cuatro. —Y yo en el campo del Moro me fui con seis, y en el campo me los dejé á todos.

—¿Cómo? —¿Que cómo? pus almorzando de canguelo.

—Oye, Toribio, ¡y que no duele ná el brazo después de atizarse así!

—Dimelo á mi que no paro de quejarme de las piernas. —¿De correr?

—¡Cá!... de que andamos á patás, porque no había ni herramientas... Mira, Paco: ¡los Jerónimos!

—Parece

que no está tan solitario como cuando yo venía enantes.

—Pus mira, vamos á otra laó, si te parece, y así hablaremos despacio de si estamos ofendidos ú de si ya no lo estamos. —¡Que lo hemos de estar! si aquello de la familia, fué hablando en general.

—Y además, que estábamos más borrachos que el verbo.

—¡Pus viva el verbo!

—¡Y la re!... —¡Cállate Paco, que si nos oyen los guardias no preguntan como estamos!

JOSÉ BRISSA

Sorprendió tío *Maiz prestao* el duo amoroso, y declarose abiertamente enemigo de tales requilorios, que habían de parar en boda; soñaba el padre con un yerno que á él y á su hija viniera á sacarles de aprietos metálicos, no con un Luco así que entraría en casa á juntar la necesidad con las ganas de comer.

Y prohibió las relaciones, determinación que hirió en lo más hondo á la dama, é hizo despertar ambiciones grandes en el ánimo del galán.

—Mira Pilara, la dijo una tarde, me marchó á América á probar fortuna. Espérame hasta que vuelva para casarme contigo, quiera ó no tu padre.... Trabajaré como un negro, y malo ha de ser que no vuelva á la tierruca con algunas onzas en el bolso... Dame un abrazo.

Esta fué la síntesis del discurso, muy sazonado de ternezas, juramentos y suspiros.

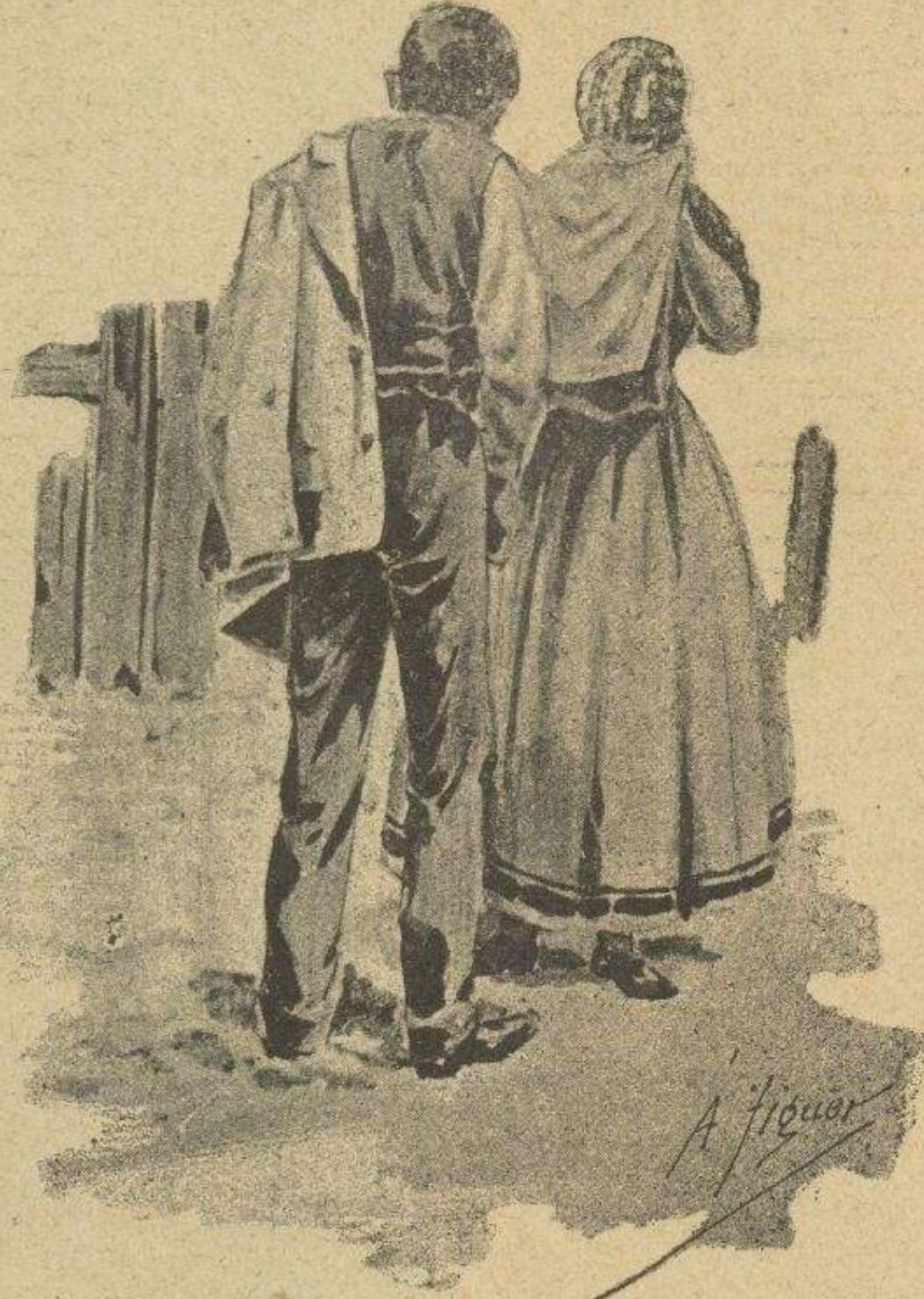
Se marchó Luco á realizar el sueño que es una obsesión en los hijos de la montaña: «pasar el charco» «hacer dinero» y volver convertidos en *indianos*, con gran golpe de brillantes en la pechera.

Y Pilara quedose inconsolable esperando á su prometido un año, dos, tres, cuatro ¡una eternidad! Y aquejada de extraña melancolía que degeneró en tristeza invencible, se la vió á la chicuca empalidecer, púsose flacucha, mústia, y como una flor que se agosta fué encorvando, encorvando su gentil talle hasta que...

Un día de san Juan, cerca del obscurecer, las campanas de la aldea juntaron sus tañidos á los alegres ecos de las canciones de los mozos y mozas que regresaban de la romería.

¡Pobre Pilara! ¡Pobre señorita! Desde aquel día, como si la muerte de la hija del tío *Maiz prestao* influyese en la existencia de Quicón, el mozo más rico de la aldea, viose á este desmejorar á paso rápido, y el que tan decididor y parlero se mostró siempre, trocose en mudo y sómbrio. Por las tardes, al obscurecer, vagaba solo por la orilla del mar, y cuando llegaban á sus oídos las vibraciones de la campana de la iglesia, quedábase como atontecido, como loco, y murmuraba sombríamente, contemplando las olas que se estrellaban al pié de las rocas: —¡Pilara! ¡Pilara!...

Los del pueblo llegaron á afirmar sentenciosamente que Quicón había perdido un tornillo.



PILARA

I

Al más simpático de mis amigos, Luis Inchausti.

LA cara suya parecía el suspiro de una rosa: la llamaban en la aldea la señorita, porque desprendíanse de sus ojos y de su cuerpo tales distinciones que pugnaban en un todo con lo humilde del traje, la ascendencia de aquel tío *Maiz prestao*—su padre —un hombreco que nunca vió cinco duros reunidos en su poder, y que siempre andaba en casa de sus vecinos rebañando unas mias de «Corona» para que en el hogar, á la hora de comer, no faltase la tortuca.

Pero en cambio, de la pobreza de caudales, concedióle el cielo un tesoro con su Pilara.

Así lo entendieron los mozos al llegar ésta al punto y hora en que alhaga á la mujer oír requiebros. Los más garridos, los más netos, todos los solteros del valle, requirieronla de amores. ¡Si era la chicuca un pimpollo de oro! ¡Si cuando iba á misa los días de fiesta, parecía que la virgen del altar mayor había abandonado su hornacina, encarnándose en Pilara!...

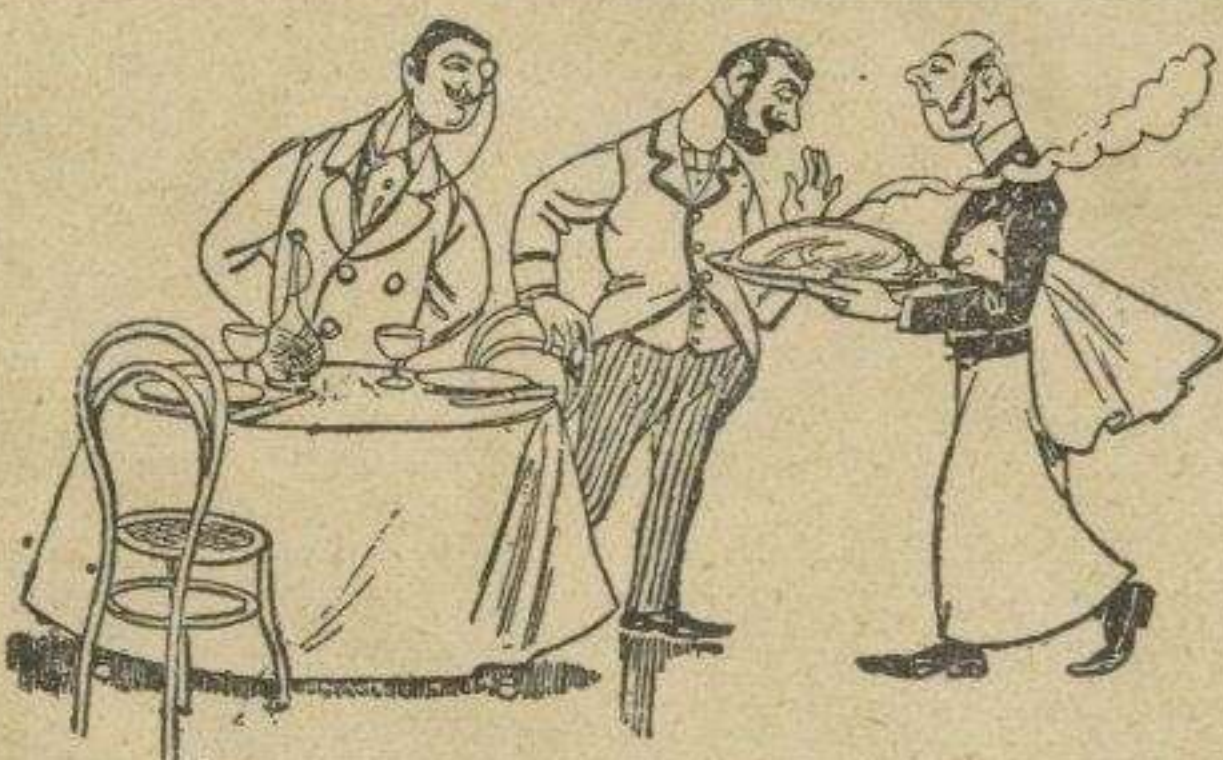
Y á ninguno aceptó la joven: tenía miedo de los ricachos, y asustábase la brutalidad de todos. No hay que ser hipócritas; ella quería un novio—como quieren todas—pero, quería con la misma exquisitez de sentimientos que los que atesoraba su alma, y en verdad, que eso era pedir gollerías á aquellos mocetones que cifraban toda su vanagloria en jugar mejor ó peor á los bolos, ó en llevar á las espaldas un *cuevanoo* de tantas ó cuantas arrobas de peso.

Eso no le entusiasmaba á la joven, y el tío *Maiz prestao* refunfuñaba, con el egoísmo de la vejez menesterosa:

—Lo que es mi Pilara, al paso que lleva, con sus melindres se me queda para vestir santucos.

Pero, en esto, como en otras muchas cosas, se equivocó el hombre de medio á medio.

Pilara concedió las primicias de su alma á Luco, que en eso de no tener un ochavo, hallábase con su novia al cabo de la calle.

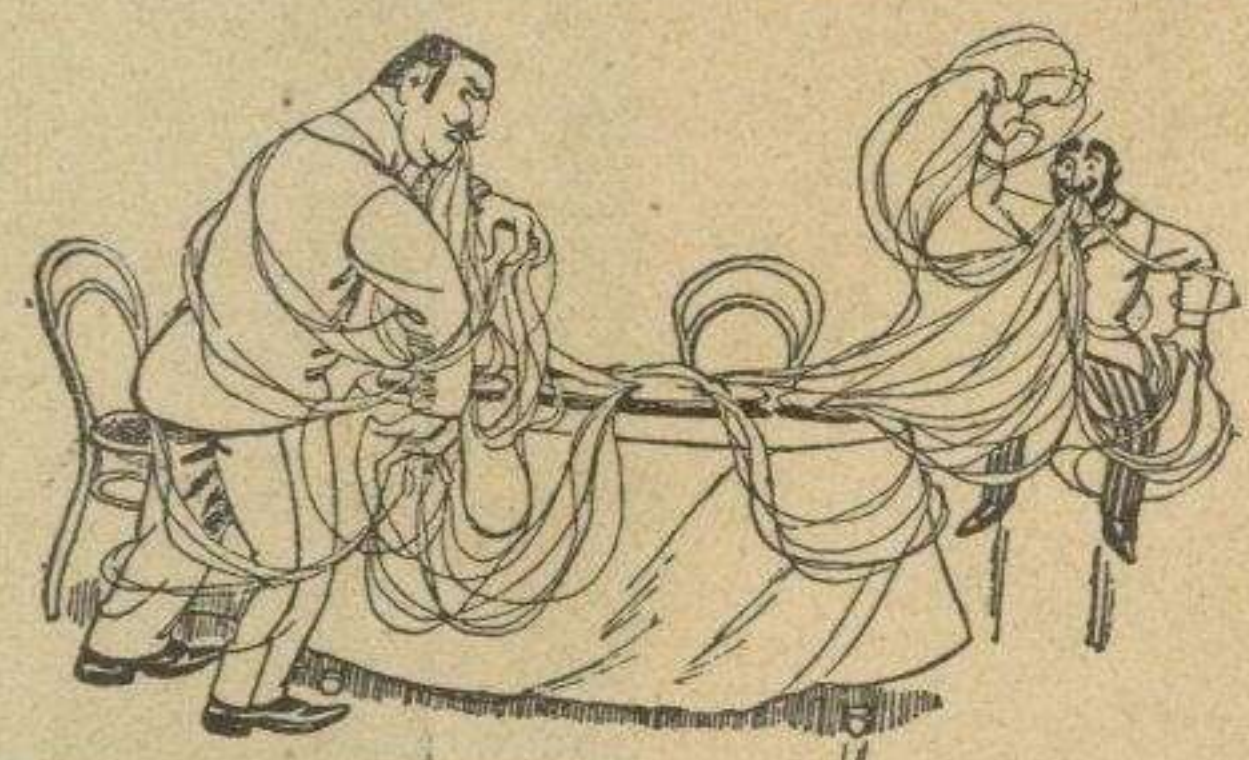


1.—La sopa... con mil amores.

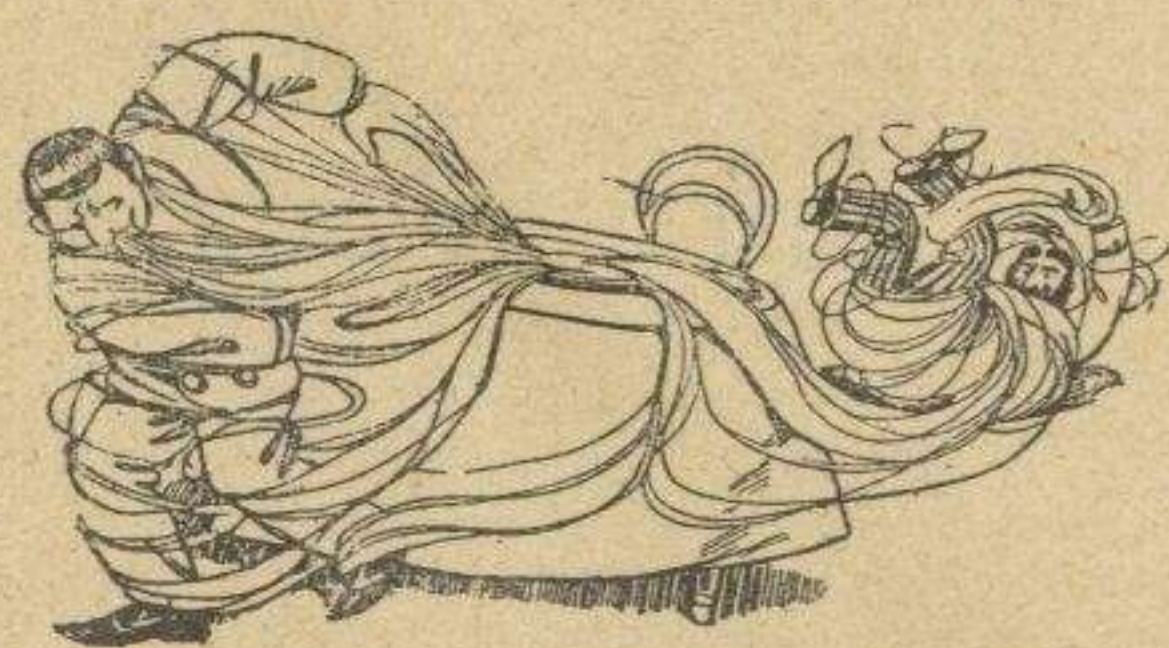
SOPA DE... OVILLOS



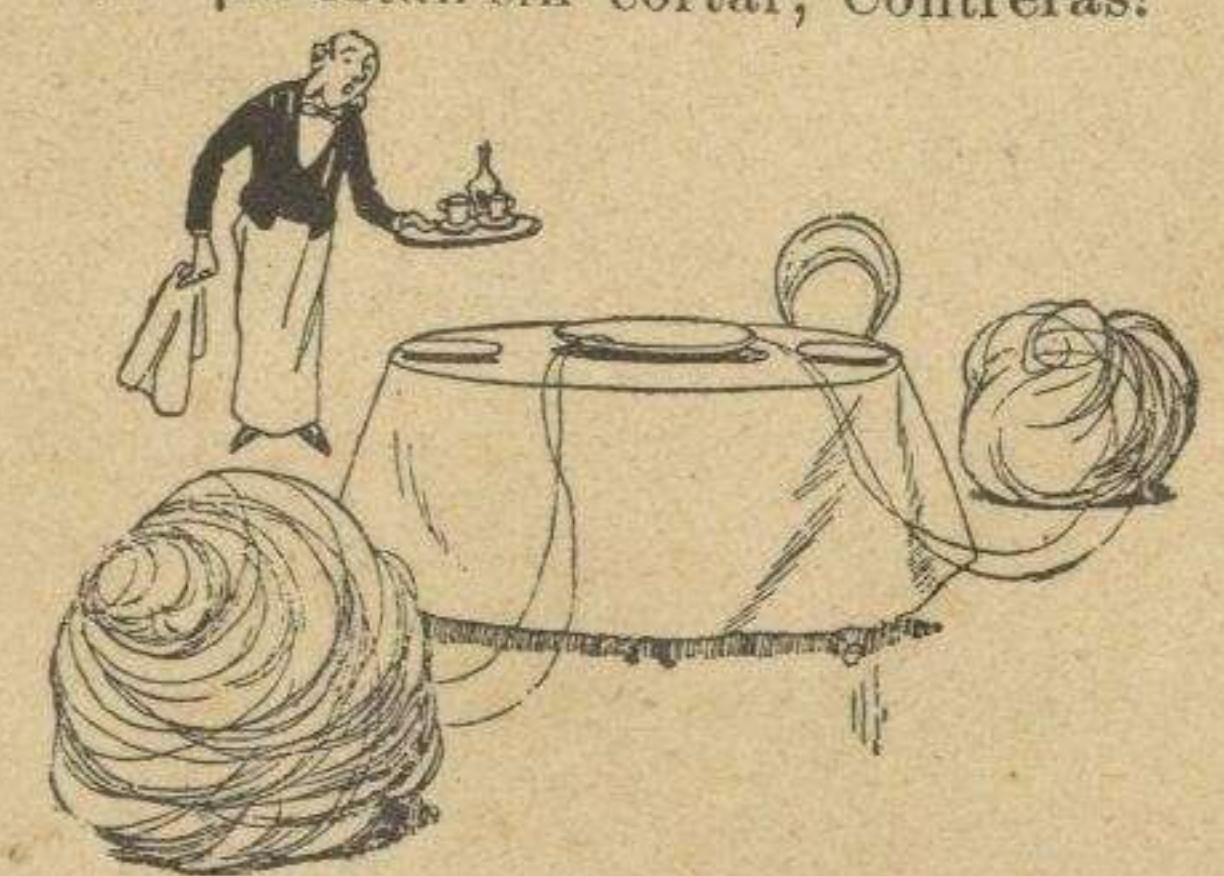
2.—Fideos... buenos de veras.



3.—¡Si están sin cortar, Contreras!



4.—Ya se cortarán, ¡traidores!...



5.—¡Jesucristo! ¡Estos señores se han vuelto devanaderas!



El carro de la aurora

contráronse dos años más tarde, á la entrada de la aldea, junto á la orilla del mar, Quicón—que, como de costumbre vagaba por aquellos sitios—y Luco, que al cabo de seis años ponía el pié por vez primera después de su ausencia, en su país natal.

Diéronse un abrazo los jóvenes, y Luco, que venía ansioso de noticias, agarró á Quicón por las solapas de la chaqueta, y, quieras que no, hízole sentar en una peña. Abajo, el mar bramaba.

—Chico, perdona que así me apodere de tí... A bien que tu no tendrás grandes prisas... ¡Tengo tanto que hablartel!... Pero no estés así con las manos vacías: toma un cigarro puro: es de mi cosecha.

Maquinalmente alargó Quicón la diestra, tomó el habano y lo encendió.

—Eh, ¿qué tal?

—Un poco fuerte.

—Ya irás acostumbrándote, hombre: algunos cientos de tabacos hemos de consumir este invierno, al amor de la lumbre, en casa del tío *Maiz prestao*... Oye... ¿y Pilara?...

Quicón tartamudeó una frase ininteligible.

—Seguirá tan guapa, tan señorita, tan fina como siempre ¿verdad?—continuó Luco, animándose cada vez más, traduciéndose en el acento su ansiedad y entusiasmo—¡Ay! créeme, Quicón: he pasado al otro lado del charco seis años infernales, pensando solo en «ella», ansiando llegara el momento de volver aquí, á la tierra, para gozar de las mayores felicidades con mi Pilara... ¡Dios ha hecho que venga con algunos miles de pesos!... ¡A ver si ahora el tío *Maiz prestao* me niega la chical... ¡Hombre, háblame de «ella» ¿qué haces así, tan parado?... ¡Ni que fuera yo un fantasma y te hablara de cosas del otro mundo! Habla, Quicón; por Dios, contesta, que ese silencio me pone triste sin saber por qué, y el corazón se me achica...

Calló Luco.

Quicón, con la mirada extraviada, miraba á lo lejos. Parecía no prestar atención á lo que le decía su amigo.

Oyóse una campanada triste, luego otra: doblaban á muerto.

Quicón, al escuchar el repiqueteo aquel, se estremeció: sus pupilas tenían un brillo siniestro; maquinalmente llevóse el cigarro á la boca, arrancándole espesas bocanadas de humo, que antes de desvanecerse en el espacio levantaban entre él y Luco una nube.

—Pero ¿y Pilara?... Dí, contéstame, ¡Quico, háblame! — insistía el «indiano».

—¡Hablartel!

¡Hablartel! — balbuceó con sarcasmo el aludido, levantándose de la peña y tendiendo la diestra hacia la masa de humo que suavemente empujada por la brisa se alejaba deshaciéndose mar adentro. — ¡Mira! ¡Mira!... Ahí la tienes... Esa es Pilara. ¡Tu Pilara?... (y señalaba con la mano el humo) ¡Imbecil!... ¡Es mía!... ¡No! No es mía: es del infierno... ¿Pilara?... La quería más que tú, la pretendí, quise que fuera mi mujer, que compartiese mis

riquezas... pero, ella se rió de mí, se burló, me hizo desprecios... Me echó en cara su cariño hacia tí... Y yo, yo... ¿Tu Pilara?... Estúpido... Hoy, hoy hace dos años... un día de San Juan murió... ¡La perdiste! ¡Anda! vé á América á conquistar onzas... Vuelve, vuelve hecho un indiano... ¡jal jal jal! ¿Y para qué, hombre, para qué?... Para que encuentres á tu Pilara en el camposanto... ¡Yo la maté, yo!... Por celos... por rabia, ¡porque sí!... Escucha... ¿No quieres que te hable?... Una noche, mucho tiempo después de tu marcha, me presenté á ella disfrazado... y la enseñé una carta diciéndola que era tuya, y que en ella me anunciabas tu boda con una cubana muy rica, y que maldito si te acordabas de la hambrona de Pilar ni del imbecil del tío *Maizprestao*... Ella lo creyó á pies juntillas, ¡inocentel y cayó en mis brazos privada de sentido... ¡Te quería mucho Pilara!... Desde aquella noche no levantó cabeza y fué po-

niéndose mustia, tristoná, y... murió. ¡Murió, yo la ví! Parecía una santuca, así, con las manos cruzadas al pecho y sonriéndose, sonriéndose... ¡Tu Pilara!...

Y Quicón pegaba atroces chupetazos al cigarro, y siempre extendidas las manos hacia el humo, como si en él se encerrase una imagen, fué andando pasito á pasito detrás de la nubecilla azulada que escapábase en espiral hacia el mar.

—¡Yo! ¡Yo he sido, Pilara! — exclamaba á grandes voces — ¡No te acerques... No me lloves... Soy muy desgraciado... He sentido en este tiempo un miedo horrible... Todas las tardes, al anochecer, has estado junto á mí llamandome ¡Asesino! ¡Asesino!... ¿Asesino?... ¡lo soy! pero, ¡perdóname!... ¡Te quería tanto!...

Quicón había llegado al borde de la peña: avanzó un paso más y cayó de bruces al agua: el estrellamiento de su cuerpo, caído de tan grande altura, y sus ayes agónicos, uniéronse á la imprecación de infinita pena de Luco, á los tañidos de la campana de la iglesia y á los ecos de las canciones de los mozos y mozas de la romería que regresaban á la aldea...

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIALOGO

—Buenos días.

—Buenos días.

Dígame V. ¿que desea?... —Pues yo quería dos varas de percal como la muestra, y un trozo de percalina de color verde botella; pero antes dígame el precio de lo que pido, no sea que me lleve usted más caro de lo debido...

—¡A una reina como usted se le regalan los artículos que quiera!...

—¿Ya empieza V. con guasitas?...

¡cuidado que es V. pelma!

—¡No se enfade V. salero!...

—¡Si tengo yo más correa que el mismo San Agustín!...

—¡Pues me extraña que se ofenda!

—¡Bueno; despácheme pronto que yo no estoy para fiestas!...

—Voy al punto... ¡Anda muchacho!

vé corriendo á la trastienda y saca el percal moreno de la marca H. B. Z., que está arriba, en el estante segundo de la derecha...

¡Tén muchísimo cuidado no se venza la escalera, como te pasó ayer tarde, y *arrugues* la luna aquella!...

¡Pero que buena está V!...

—¡Pues me duele la cabeza de tanto como V. charla; parece que le dan cuerda!...

—¿Tiene V. novio, salero?...

—¿Le importa á V. que lo tenga?...

—¡Es que podría arreglarse conmigo, si V. quisiera!...

—¡Quien! ¿mi novio?...

—¡No señora; usted, cachito de estrella!...

—¡Ay, que gracia!...

—¡Pero chico,

¿que haces con la boca abierta oyendo conversaciones que á ti nada te interesan?

¡Ya estás guardando la vara y recogiendo esas telas!...

¡Es usted preciosa!...

—¡Eso

lo sé desde muy pequeña!...

—¡Vamos, no sea usted ingrata, ni se ponga así tan seria,

porque me entristece mucho verla á V. de esa manera!

—¿Me quiere V. despachar?

—¡Pero... hablemos con franqueza!

¿Tendría usted inconveniente en que yo, un día de fiesta,

la acompañara á paseo?

—¡Si señor!... ¿Usted que piensa,

que aunque soy una criada me peino para un hortera de los que van los domingos á la Fuente de la Teja?...

—¡Tenga usted en cuenta que yo no hago esas cosas tan feas!...

—¡Si Vdes. no pueden ir á otra parte más que á esa,

porque resulta económico!...

—¡Muchacho: saca la espuerta y recoje esta basura por si viene la trapera!...

—¡No creí que un comerciante fuera así tan sinvergüenza!...

—¡Ni yo creí descaradas á las criadas... ¡so fea!...

—¡Adios guapo... y aliviar!...

—¡Vaya V. con Dios... princesa, ¿quiere V. que salga el chico á abrirle la portezuela del *landeau*?...

—¡No me hace falta: está el lacayo en la puerta!...

ABRAHAM LIMORTI

¡JAMÁS!

(A mi novia Teresa.)

Escucha lo que te digo: supe ayer por un amigo tuyo, que has asegurado que vas á romper conmigo porque fumo demasiado.

¿Y por eso, nada más, dices que me dejarás? Pues, hija, puedes dejarme, que sin ti podré pasarme pero sin fumar... ¡jamás!

¿Te figuras, por las trazas, que con esas amenazas me vas á sacar de quicio? ¡Quiá! ¡No me quite ese vicio aunque me des calabazas!

¿Que los hombres (¡desgraciados!) no merecen ser amados cuando están, por los pitillos, con los dedos amarillos y los dientes culotados?

¡No vengas con tonterías! ¿Cres, acaso, que mis días puedes hacerlos felices, metiéndote en las narices rapé y otras porquerías?

No eches, pues, nunca en olvido, que ese, á quien has ofendido, siendo, el pobre, tan honrado... si yo lo gasto picado tú, en cambio, lo usas molido.

Y no es, querida Teresa,
que el dejarte no me pesa;
es que yo no necesito
que nadie me quite el pito
que fumo de sobre-mesa.

Ni para mi tendrás fama
si vienes con inflas de ama
diciendo que te ahoga el humo,
à suprimirme el que fumo
cuando me voy à la cama.

En fin; yo soy muy formal
y que escoja es natural,
pero... ¿que es lo que yo escojo?
Una mujer cuesta... ¡un ojo!
y una cajetilla un real.

Tu cútis ya sé que es fino;
pero, también adivino
que, más fino que tu piel,
es el cútis de papel
de un cigarro filipino.

¿Qué es excelente el aroma
de tu aliento? Sí, paloma;
que es bueno, yo lo aseguro,

pero ¿mejor que el de un puro?
¡Eso ni siquiera en broma!

¿Qué hipnotizas al más pillo,
de tus ojos con el brillo?
Nadie duda que echan fuego,
pero se vé, desde luego,
que también lo echa un pitillo.

¿Que tú eres con la mantilla
la más hermosa chiquilla?
También por ahí te agarro.
¿Qué hay más bello que un cigarro
con una buena boquilla?

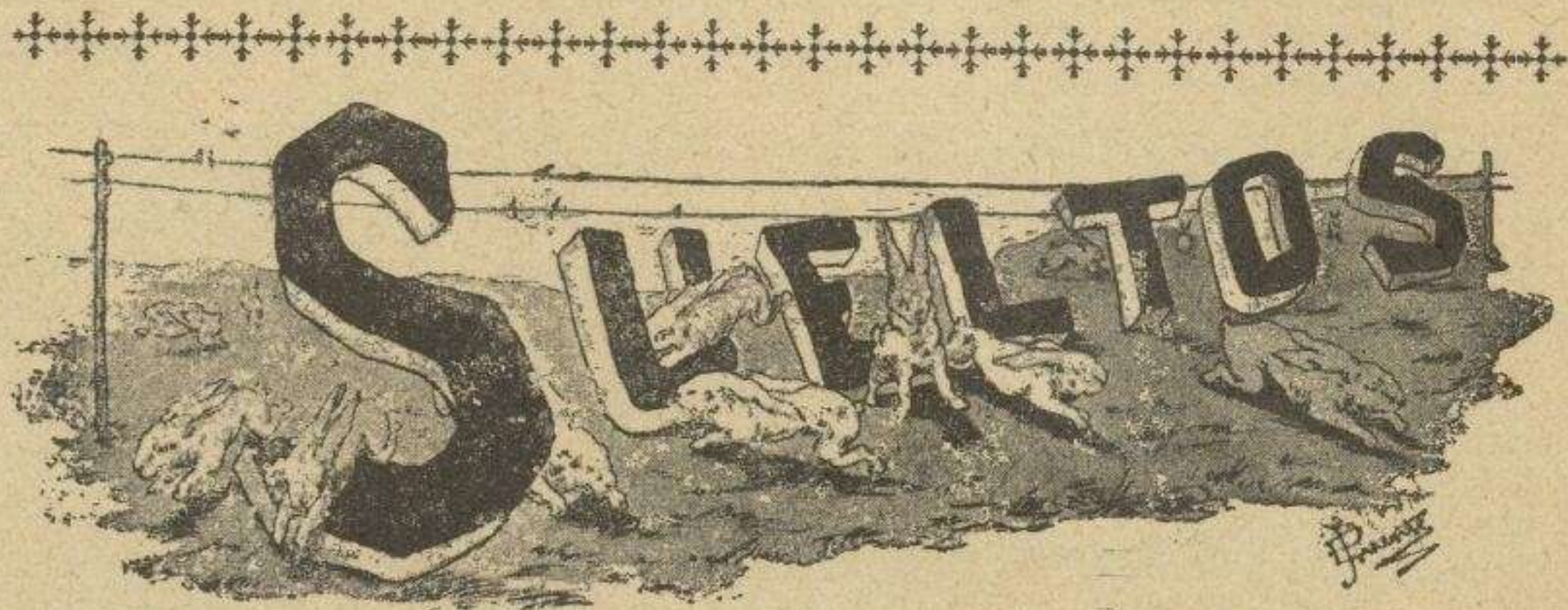
Tendrás el convencimiento,
después de tanto argumento,
de que no me he de casar
si no me dejas fumar,
pues si no fumo, reviento.

Y, si por eso no más
dices que me dejarás,
puedes desde ahora dejarme,
que sin tí, podré pasarme,
pero sin fumar... ¡jamás!

EMILIO CORTIGUERA OLÁRAN

No es mi objeto hablar ahora, ni hacer un estudio de la novela. Hablo de la novela en lo que se refiere à la opinión de la señora Bazán, opinión muy respetable si Vdes. quieren, y que, si no en absoluto, en cierto modo es digna de aprovecharse, pero que no abriría ningún camino de progreso à la publicidad.

J. FERNÁNDEZ LUJÁN



Se reunieron por fin los congresistas *artistiques et literaires*.
Y el congreso fué celebrado.
Y primero se discursó de lo lindo.
Y después se banquetó de lo *plus jolie*.
Y ¡claro! al final del banquete se brindó en todos los idiomas, *nacionales y extranjeros*.
Y ahora vienen inmediatamente los resultados prácticos del congreso.
Que son: en primer lugar *este, ese y aquel*.
Y en segundo lugar el no haber tenido el congreso más importancia de la que tiene esta noticia.
Que, como habrán Vdes. observado, no tiene nada, absolutamente nada de particular.

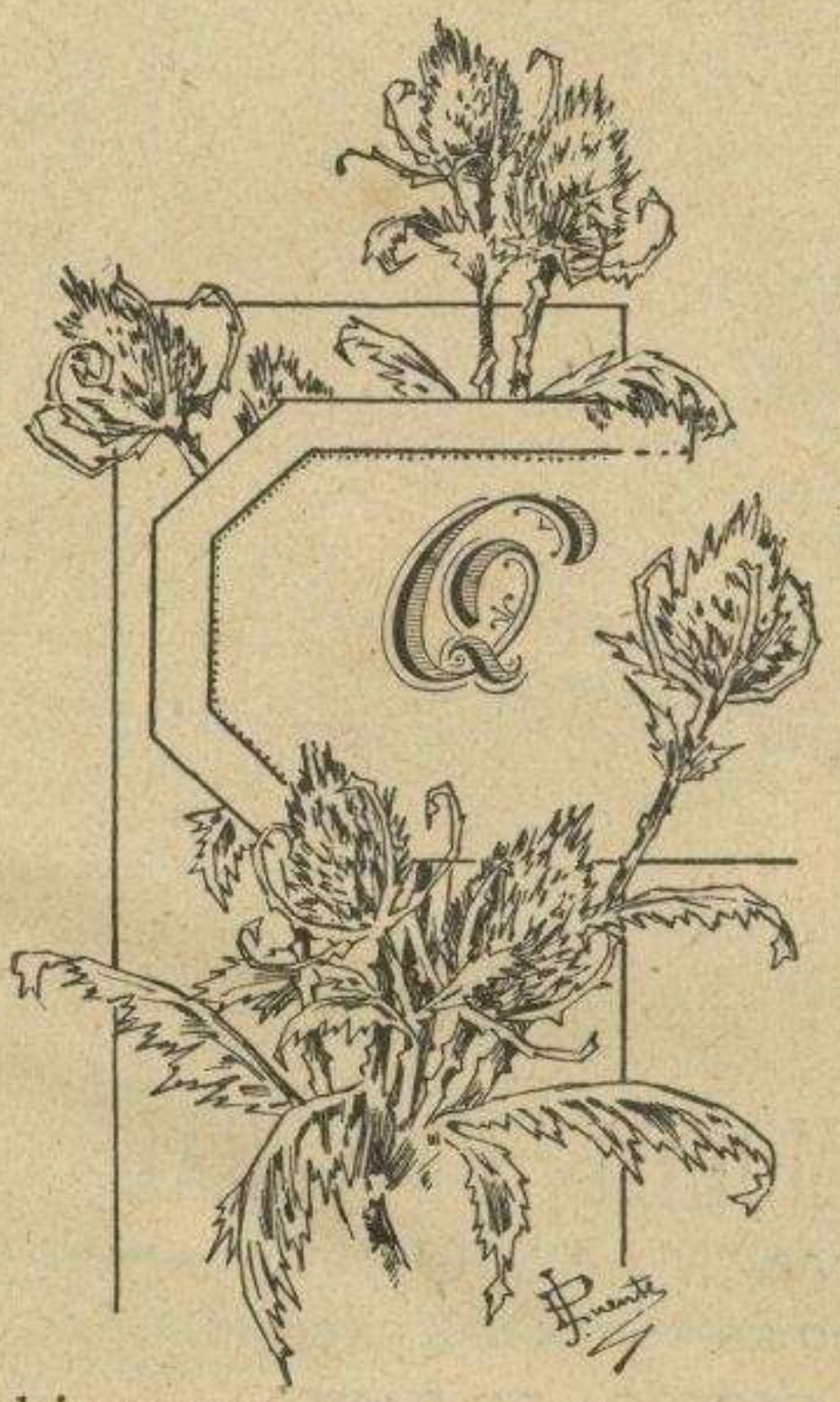


En la cuenca de mis manos
la dejé un día beber,
y desde entonces, al verme,
me dice que tiene sed.

J. RODRIGUEZ

TUNDA DE AZOTES

(PARDO BAZÁN, LOS PERIODISTAS Y LA NOVELA)



QUE el periódico pueda ser novela, con observaciones sugestivas y otras cosas por el estilo, paréceme sutileza adorable en la señora Pardo Bazán. No lo hubiera glosado yo, si no fuese que estimo, como la ilustre dama, que el periódico, à más de ser enfadoso, en muchas ocasiones, debería sujetarse à las modificaciones que fueran sensibles al progreso de las letras y de las artes.

La señora Bazán no cree que la teoría prospere en la práctica, y su

objeto no pudo ser otro que criticar, aguda y donosamente, la forma como se nos dá por algunos la información.

La observación es justa, tan justa, que no sé lo que puede ocurrir luego de fenecido este periódico, cuando desaparezcan los Galdós, los Núñez de Arce, etc., si la poca prosperidad y el poco influjo de la literatura, que nota la señora Bazán, se acentúan. ¿Donde están los poetas, los novelistas, los filósofos, los políticos que reemplazarán mañana à las notabilidades de hoy? No suenan en mis oídos más que nombres de última fila, puestos ahora entre los adelantados, y culcúlese en que noche oscura se sumirá el talento castellano, cuando ya en nuestros días, sin respecto à los grandes, ha ensalzado la gacetilla à un colorismo barroco, que no se distingue más que por la gárrula manía de adjetivar, y que no produce cosa de provecho.

¡Oh! El mismo Clarín ha puesto prólogos, con una tolerancia sin ejemplo, à libros verdaderamente *inestimables*. Y quizás por eso la señora Pardo Bazán aboga porque vaya la novela, que no se lee, à manos de periodistas. (1) Figurémonos que el crítico francés que he citado esté en lo justo, y resultará que si la novela han de escribir la los médicos, para entrar en el periodismo será necesario acusar estudios en la facultad de medicina. A pesar de lo absurdo ¿quién sabe? Quizás saldríamos gananciosos.

Pero hablemos seriamente. Las causas que se oponen al medro de la literatura, son causas accidentales. Nosotros adelantamos, más ó menos à la zaga, pero adelantamos como todos los países. En realidad, en sana doctrina, no estamos en un período decadente, porque la decadencia no alcanza, como en otros períodos, à los sistemas, à los métodos, à los autores, à la producción. Llevamos camino de ello, ó, más bien, estamos en peligro de dar en la desgracia, por lo que he dicho antes. Pero... ¿si la novela no tiene un gran influjo, es por culpa de la propia novela? No, seguramente, y por ahí, por lo serio, tampoco es factible la opinión de la señora Bazán.

(1) Lo que digo contra los periodistas entiéndase siempre de los malos: para los buenos toda mi estimación y el aplauso más devoto.



Con motivo de haber desempeñado una mujer las funciones de abogado en un tribunal de Nueva-York, han dado los periódicos un millón de bombos à la audacia de las mujeres norteamericanas, aplaudiendo de paso esta graciosa innovación.

Innovación.... innovación.... ¿desde cuando será innovación que las mujeres hablen por los codos para tratar de demostrar

que lo negro es blanco, ó que el arco-iris es de color de castaña?
Y lo malo es que vuelve ahora à ponerse sobre el tapete la cuestión de si deben ó no ser *abogados* las mujeres y, como las dejen ser... ¡Dios nos la depare buena!

Por lo pronto, yo tengo una portera que me decía ayer entusiasmada:
—Ya ve V., yo, que soy tan bachillera, si podría servir para abogada!...

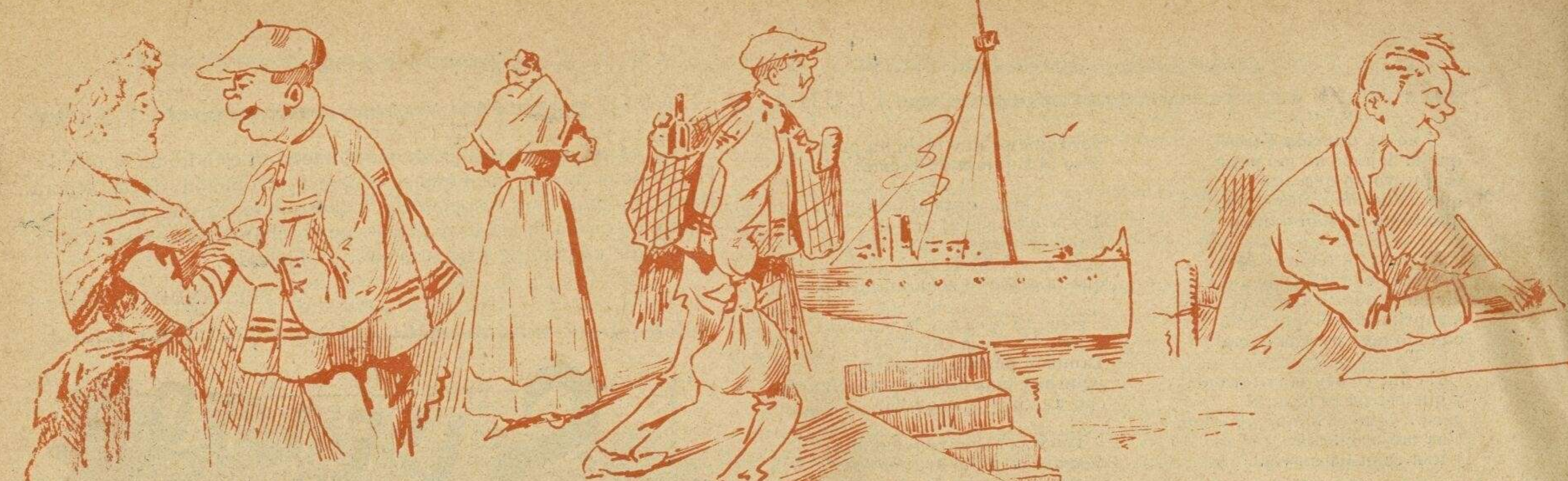
CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- R. I. D.—*Madrid*.—Ese género esta mandado recoger.
- P. Pet.—*Barcelona*.—¡Hombre de Dios! ¿A quién se le ocurre llamar *Marcolfa gentil* al idolo de sus amores?
- M. Z. A.—*Valencia*.—No, señor; no pagamos más composiciones que las que nosotros encargamos.
- Jai-Alai.—*Madrid*.—Los chistes de ese *Partido de pelota*, nos partirían por el eje si publicáramos la composición.
- Nene.—El verso «*Todavía suspiro por tí, Bella Chiquita*» es incomensurable, como la raíz cuadrada de 3. Y está feo eso de suspirar por la *Bella Chiquita* todavía.
- L. M.—*Barcelona*.—Dice as:

«Cuando paso por tu calle
y no te veo,
enseguida, mi niña,
me dá un mareo.»

Queda V. servido, y nosotros en la horrible duda de lo que podrá pasarle el día que la vea.

(Quedan más cartas por contestar.)



1.—Y como se querían Lucas y Apolonia ¡para de oír sus promesas y proyectos para el porvenir!

2.—Mas como en este mundo no todo es miel, a Lucas faltó el metal y tuvo que buscar trabajo allende los mares, ya que le era ingrato el suelo patrio, no sin recordar a su enamorada un agua dulce que volverá a ser tuyo.

3.—El muchacho era listo y fué ascendiendo hasta ocupar un buen destino en una casa comercial, desde donde le escribía unas cartas que partían el alma.



5.—Pamó fué así, que las cartas en que se recordaban su mutua promesa, siguieron cruzándose por mucho tiempo.

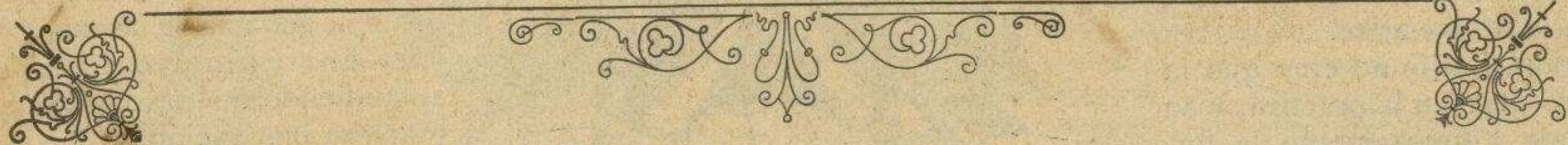


6.—Hasta que, á los treinta años de separación y habiendo adquirido D. Lucas (no Lucas) una fortuna brillante, fué á su pueblo á cumplir su palabra.



7.—Mas... ¿es esta Apolonia?
—¡Dios mio! ¿Será este Lucas Valmaster?

4.—Pero no crean Vdes. que las de la chiquilla, ratificándose en la promesa, eran menos apasionadas. Digo; las de la chiquilla, verdaderamente, lo, puesto que las escribía el Sr. Cura (como el Sr. Campomar!)



TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

Y CASA EDITORIAL

BUSQUETS HERMANOS

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona	trimestre	2 Pesetas
Provincias	semestre	4
Ultramar y extranjero	un año	13

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados
D. ANTONIO FERNANDEZ. — MAYOR, 2 Y 4
 CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BUENOS AIRES
D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2164

VERMOUHT UNIVERAL
 MANSIÓ
 PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES
 FABRICA EN SANS
 CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaros Exclusivos en España
 DE LOS ACEITES,
 grasas y desincrustantes
 MARCA FENIX
 Correas, Empaquetaduras, Gomas,
 Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
 de Rusia y América
BILBAO, BAILEN, 17º
 (Teléfono n.º 638)